

Sobre Jaime Sabines

Por Jomi GARCÍA ASCOT

Siempre he creído que al escribir sobre una obra determinada se debe tratar de *mostrar* algo que quizás no aparece en ella a primera vista, o cuya trasposición a un diferente plano se revista de un doble significado, de un carácter alusivo. Esta es la gran dificultad que presenta todo comentario sobre la obra de Jaime Sabines. En efecto, en esta obra increíblemente clara y directa, todo está a la vista, todo en un solo plano aparente. La principal característica de esta poesía es su inmediatez, su absoluta carencia de toda ocultación, su ser-para-nosotros.

Por otra parte tampoco nos queda la posibilidad de una clasificación u ordenación de la obra de Sabines partiendo de su temática. Si el poeta nos lo dice todo, también nos dice acerca de todo. Suerte de largo diario salteado que se enfrenta a su poético y diverso pan de cada día, su obra abarca lo que su vida misma. Sabines mira y toca las cosas que lo rodean, y las siente y nos habla de ellas, de todas ellas. ¿Cómo ordenar la realidad, los momentos, los estados de una vida? Sin embargo, si hay algo que esta obra, admirable y aún increíblemente poco conocida, hace, es no invitar al silencio. Es demasiado entrañable, resulta demasiado parte de nosotros mismos para no insistir en su calidad. Pero su comentario exige una responsabilidad. No puede ser, como el entusiasmo lo pide, sólo exégesis. No quedando el recurso de la búsqueda de sus valores ocultos —pues todos están presentes en cada línea—, tratemos por lo menos de ordenar algunos de sus elementos, de remontar su múltiple corriente hacia las bases elementales de su grandeza.

El verdadero poeta no inventa; descubre una distinta dimensión en el conocimiento de la realidad: el conocimiento de su misterio.

El verdadero poeta no trama ni resuelve: describe el misterio que permanece intacto, pero visto.

El verdadero poeta no crea: tan solo vierte su conocimiento del misterio en el ser de la palabra.

Poesía es descubrimiento y fenomenología del misterio. Poesía es ontología del misterio, encarnada en el verbo.

Todo verdadero poeta nos hace ver ("donner à voir" decía Eluard) el mundo por primera vez, nuevamente por primera vez. Esto ocurre con Homero con Góngora, con Donne o con St. John Perse. Pero hay poetas que, además (o aparte), nos remiten también a nosotros mismos, reinvierten su videncia hacia el espacio de sombra que todos llevamos, donde yace el pulso de la sangre, los crepúsculos de la memoria, el deslizarse del tiempo y la imagen permanente de la muerte. Esto ocurre con Quevedo, con Manrique, con Rilke o con Emilio Prados. Esto ocurre también con Jaime Sabines. Cada uno de estos poetas nos revela entre otras cosas una parte de nuestro mundo, y nos lo reintegra como vivencia propia: Quevedo y Manrique nuestro "ser para la muerte", Rilke nuestro desamparo y el fruto de la nada que crece en nuestro interior junto a la vida, Prados la penumbra del sueño, los umbrales de nuestro ser abiertos a otro ser que también somos. Junto a ellos Sabines es el poeta del estar-aquí, el poeta que bautiza nuestra cotidiana condición frente a las cosas, el poeta de nuestro cada día, atravesado de sombras y fulgores.

Su mundo, ante todo, es el nuestro. No un mundo fragmentario o parcial escogido por el autor *a priori*, sino el mundo que nos es dado a todos, a todos los de una determinada historia, a todos los de una determinada sociedad, mundo tal cual, inmediato, a la mano del ojo o del olfato. Nunca hay que trasladarse, en su lectura, a otro plano: más bien Sabines nos reintegra, desde cualquier distancia a la que estemos, a nuestro plano real, de hombres concretos.

Pero su forma, su lenguaje, no son por ello derivados de una corriente o tendencia literaria. Si el mundo que nos escribe Sabines es el mundo más cotidiano de nuestra experiencia, nada recuerda en él el realismo social de un Sandburg, ni la intelectual cotidianidad de un Prevert, ni la epopeyización de la realidad de un Whitman o un Neruda. Lo que distingue a su obra es la carencia de *intención* literaria. La falta de intención de ser el "portavoz" de un mundo. Sabines no "se inclina" (¿desde dónde?) a contemplar el mundo, sino que lo recibe como dado, lo mira de igual a igual porque lo siente de igual a igual; y es que no se le podría ocurrir otra cosa. No estamos ante una poesía "humanista", sino humana; Sabines no es un poeta "realista", sino un poeta de la realidad, lo cual es muy diferente.

En esta realidad no sólo están las cosas, los objetos o las personas, está también el hombre que las mira y las toca, está también el hombre que *siente* hacia ellas. Esta poesía de la realidad es también, fundamentalmente, poesía de los sentimientos por y en esa realidad.

En esta segunda etapa de su ahondamiento en el mundo en que vive, la obra de Sabines vuelve a presentar las mismas características de no-intencionalidad. Hay en toda ella una percepción constante —y muy lúcida— del sentimiento; no hay aperccepción del mismo. Esto produce un lenguaje sin la menor reticencia, sin el menor adorno o modificación premeditada. Conozco pocos poetas con menos pudor de su verdadero sentimiento. Sabines nunca lo oculta, nunca lo decora. Ni siquiera lo envilece, lo cual es una forma hábilmente intelectual de disfrazarlo. Y si acaso, por un momento, se avergüenza de sentir compasión por su alma, es esta misma vergüenza la que nos muestra, sin máscara, lo mismo que sin máscara nos enseñó su momento de auto-compasión, su tibia debilidad en medio de un sencillo viaje en coche por la lluvia.

Con la misma limpia sinceridad emergen en el libro sus tristezas, su cariño, sus deseos, sus dolores, sus profundas angustias y su plena, abierta, magnífica y ocasional alegría.

Entre estos sentimientos, buenos y malos, de fuerza o de debilidad, de plenitud o carencia, siempre a la medida del hombre, siempre conmovedores, emerge uno con increíble potencia y emoción: el amor por el padre, el dolor por la muerte del padre. *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines*, uno de los seis libros comprendidos en su *Recuento de poemas* es el único poema de lengua española que, junto con el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* de Lorca, alcanza el profundo y grave temblor de las *Coplas* de Manrique. En este libro, y algunos de los poemas posteriores que se le incluyen y que me ha sido dado leer, es tan grande el poeta que desaparece, y sólo queda el hijo, entero y deshecho en cada una de sus líneas. El genio poético de Sabines parece consistir en dejar ante nosotros, a cada instante, no la forma admirable con que nos revela el sentimiento, sino el sentimiento mismo, como si de siempre hubiera estado necesariamente ligado a esas palabras precisas, a ese extraordinario descubrimiento del vocablo *natural* que preside su obra.

En *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines*, el hijo, el poeta, logra esa identidad con la realidad y el lector que a muy pocos creadores les ha sido dado. Si la muerte en Quevedo es nuestra muerte, si el desamparo en Rilke es nuestro desamparo, si el temblor del ser en Prados es nuestro temblor, la muerte del Mayor Sabines es también la muerte de nuestro padre. Más cerca de nuestro mundo que Manrique, Sabines ha creado la figura común de un dolor, el dolor por la muerte del padre: el Mayor Sabines, padre nuestro.

Finalmente más lejos, más arriba o más abajo, en ese tránsito que va desde el misterio de las cosas hacia el sentimiento y del sentimiento hacia un misterio más vasto, encontramos, en la obra de Sabines, a Dios. Dios es, para el poeta, el Gran Mayor Sabines de su vida. Un amor, y un conflicto. Como debe de ser. Ansiado, ausente, duro como un padre duro, tierno como un padre tierno, negándose y concediéndose, a destiempo, escurriendo el bulto que el poeta quiere asir o golpear, puerta cerrada y a la vez abierta, necesario, fácil e imposible, perdido o por hacerse, nunca definitivo ni quizás en la muerte, todo él ("mi Dios es sordo y ciego y armonioso") ilumina con oscuros fulgores la obra y el alma del poeta.

Porque si hay algo de que estoy seguro es de que Jaime Sabines tiene alma. Nunca, en muchos años —quizás desde la lectura de *Los Cuadernos de Malte Laurids Brigge*, de Rilke, o *Río Natural* y *Signos del Ser* de Prados— he encontrado en páginas escritas un alma tan de veras, tan de bulto, tan cierta. Nunca en muchos años he encontrado en el papel a un hombre que así me mire desde la palabra y se le vea el fondo de los ojos y allí todo ese temblor que el mundo en ambos ha fundado.

Creo sinceramente que Jaime Sabines es el más grande poeta que hay hoy, en México. Y de los pocos que hoy en el mundo devuelven a la poesía la dignidad de su decir de hombre a hombre el misterio deslumbrador y siempre presente de estar vivos aquí, sobre esta tierra. A un poeta así no se le admira, se le dan las gracias.